

LOS OJOS DE DELIA.

ODA IV.

Pastor, escúchame antes
 que vayas á la aldea,
 que quiero como amigo
 hacerte una advertencia:
 verás enajenado
 mil bellas zagalejas,
 más frescas que las rosas,
 más blancas que azucenas,
 que, entre bailes festivos,
 amorosas contiendas
 y sencillos cantares,
 bulliciosas se alegran.
 Entre tanta zagala
 verás una muy bella,
 de ojos negros, vivaces,
 y que se llama Delia.
 Guarte ¡ay! de sus miradas;
 que en sus ojos se alberga
 el hijuelo maligno
 de Venus Citerea.

ODA V.

Una mañana alegre
 en el florido valle
 con ardor altercaban
 los discretos zagales.
 Yo, que de allí no lejos,
 con mi rabel suave

entonaba amoroso
 mis sencillos cantares,
 curioso entre la rueda
 al punto fui á mezclarme.
 Los bellos ojos eran
 la causa del debate.
 ¡Oh, qué asunto tan bello
 para mi pecho amante!
 Aqueste solamente
 los azules aplaude;
 aquél dice: «los negros
 son los que más me placen»;
 por los pardos el uno
 expone su dictamen;
 otro resuelto afirma
 que todos son iguales
 y que el color no influye
 en su mayor realce.
 El corro se enardece,
 y cada uno hace alarde
 de su sentir, diciendo
 que es el más razonable.
 Cuando improvisamente
 del bosque Delia sale,
 do se hallaba dormida
 á la sombra de un sauce.
 A todos los deslumbra
 con sus ojos brillantes,
 y la confusa gresca
 se suspende al instante;
 pues consiguió la bella
 que con su vista amable
 la cuestión decidida
 por los negros quedase.

EN LA INSTALACION DE LA DIPUTACION PROVINCIAL DE MEXICO, EL AÑO DE 1820.

Alzad, alzad de frente, Mexicanos,
 en el polvo sumida,
 y con ojos ufanos
 mirad cómo ya goza
 nuestra patria infeliz salud y vida.
 Himnos, loor á Apodaca (1) que acatando
 la augusta ley, y plácido escuchando
 nuestro voto anheloso, dijo: «Sea
 «la mexicana próspera asamblea.»

El eco sonoro
 difúndese do quier, y es repetido
 en la villa, en el pueblo reducido,
 en la cabaña y en el monte umbroso,
 en la selva y el llano,
 y en las playas también del Oceano.
 Oyólo con pavor, tembló en su asiento
 el déspota inhumano,
 que hartado ya de sangre, mas sediento
 del oro engañador, altivo y fiero
 ha hollado la justicia,
 y ni aun del nudo y simple ganadero
 el mísero alimento
 contentar ha podido su avaricia.

Oyólo triste el exactor malvado (2)
 que con igual compás del rico y pobre

[1] Lo mereció porque no hizo caso de los que le aconsejaban que suspendiese la erección de la Diputación Provincial.

[2] Véanse las atribuciones que el artículo 335 de la Constitución Española concedía á las Diputaciones provinciales, en especial la 1, 5, 9 y 10, en que están recopilados los beneficios que debían procurar á los pueblos, y á los cuales se alude en esta pieza.

los haberes media,
 y al artista y al prócer ha adunado;
 y con mustio semblante
 mira el trabajo y afanar futuro
 que le aguarda, si quiere en adelante
 vivir de infamia y de baldón seguro.

Mientras el labrador corre ligero
 al yermo campo que dejado había,
 y al ver lucir tan suspirado día
 lo saluda y bendice placentero.
 Libre ya de la saña
 de visires tiránicos, cultiva
 y coge el fruto de la verde oliva,
 de la vid tierna y la jugosa caña.

No teme el oaxaqueño
 que se aproveche la codicia insana
 del afanoso empeño
 con que curó de la purpúrea grana.
 Ni el minero acuitado
 mira el antro profundo
 do el precioso metal se halla encerrado
 de tu penar origen, nuevo mundo.

Nada le asusta ya: nada le aterra:
 al hondo abismo impávido se arroja,
 y arranca los tesoros
 que en sus entrañas ocultó la tierra.
 Y escúchanse á la par alegres coros
 de jóvenes lozanos,
 que, ceñidos que mirtos y de rosas,
 tal entonan mil cánticos sonoros:

«¡Oh sin igual ventura
 que nuestros padres nunca conocieron,
 nuestros esclavos padres que vivieron
 sumidos en la pena y la amargura!
 Ya de las ciencias en el campo extenso
 nuestro espíritu audaz podrá espaciarse,

y alígero lanzarse
 hacia el éter inmenso,
 y, de Newton á par, las luces bellas
 medir del sol, la luna y las estrellas.
 El mar amenazante arrostraremos,
 y con naves ligeras
 correremos las costas extranjeras,
 y de frutos cargados tornaremos.
 Veremos los lugares
 do nace y muere el rutilante Apolo.
 He aquí de vuestros padres los hogares,
 nos dirá el castellano:
 podremos visitar el yerto polo,
 y también abrazar al libre habano.
 No temerá la vista
 del anglo, ni del bátavo industrioso
 el mexicano artista;
 y su nombre, hoy obscuro, y humildoso,
 al desdén ó al olvido condenado
 de la Europa altanera,
 veráse respetado
 y en prez tenido por la Europa entera.
 ¡Oh sin igual ventura
 que nuestros padres nunca conocieron,
 nuestros esclavos padres que vivieron
 sumidos en la pena y la amargura!»

¿No los oyes alzar, cara asamblea,
 tus loores al cielo,
 llamándote su gloria y su consuelo,
 pidiendo que tu nombre eterno sea?
 A su voz el tirano Despotismo
 que ve frenado ya su orgullo fiero,
 huye despavorido al hondo abismo,
 do su fatal mansión tuvo primero;
 y el ciudadano honrado,
 de gozo puro y confianza lleno,

se ve en el dulce seno
 de la felice patria recostado:
 á la fatiga dura se compone,
 ferviente anhela ya por aliviarla,
 y prestarle su ayuda,
 á sus cargas el hombro ya dispone:
 no llegará jamás á abandonarla,
 que impávido desde hoy firme la escuda.

Y tú, que corres por la selva errante (1),
 buscando con presura
 al almo numen que del alto cielo
 te aterra con el rayo fulminante,
 ó te alaga, cubriendo de verdura
 y dulces frutos tu silvestre suelo:
 ya tímido, ya grato, ofrenda pura
 presentarle podrás: rasgado el velo
 que su faz adorable te encubría,
 lo aplacarás, lo ensalzarás un día.

Alzad, alzad la frente, Mexicanos:
 hoy mueren los tiranos.
 La santa Libertad, que desatado
 su cuello vió de la sangrienta soga
 que el inmortal Quiroga
 osó romper con brazo denodado,
 cruza los mares: su nevada planta
 del Anáhuac feliz las playas pisa;
 y luego que sus genios mensajeros
 la patricia asamblea placenteros
 le anuncian, mira ya cuál se adelanta
 y nos viene á abrazar con dulce risa:
 ved cuál las áuras hiende en raudo vuelo;
 vedla asentar su trono en nuestro suelo.

(1) Las diputaciones de ultramar velarán sobre los progresos de misiones para la conversión de los indios infieles. — Const. Esp., art. 335, atribución 10.

A ITURBIDE EN SU CORONACION.

¡Y pudiste prestar fácil oído
á falaz ambición, y el lauro eterno
que tu frente ciñera
por la venda trocar que vil te ofrece
la lisonja rastrera,
que pérfida y astuta te adormece!

Sús: despierta, y escucha los clamores
que en tu pro y del Azteca infortunado
te dirige la Gloria:
oye el hondo gemir del patriotismo;
oye á la fiel Historia
y retrocede ¡ay! del hondo abismo.

En el pecho magnánimo recoge
aquel aliento y generoso brío
que te lanzó atrevido
de Iguala á la inmortal heroica hazaña,
y un cetro aborrecido
arroja presto que tu gloria empaña.

Desprecia la aura leve, engañadora,
de la ciega voluble muchedumbre,
que en su delirio, insana,
tan pronto ciega abate como eleva,
y al justo á quien «hosana»
ayer cantaba su furor hoy lleva.

Con los almos patricios virtuosos,
amigos tuyos y en el pueblo electos,

en lazo fiel te anuda:
atiende á sus consejos, que no dañan:
sólo ellos la desnuda
verdad te dicen; los demás te engañan.

Esos loores con que al cielo te alzan,
los vítores confusos, que de Anáhuac
señor hoy te proclaman,
del rango de los héroes, inhumanos,
te arrancan, y encaraman
al rango ¡oh Dios! fatal de los tiranos.

¿No miras ¡oh caudillo deslumbrado!
ayer delicia del azteca libre,
cuánto su confianza,
su amor y gratitud has ya perdido,
rota ¡ay! la alianza
con que debieras siempre estarle unido?

De puro y tierno amor no cual solía
allegarse veráslo ya á tu lado,
y el paternal consejo
de tus labios oír: mas zozobante
temblar al sobrecejo
de tu faz imperiosa y arrogante.

La cándida verdad, que te mostraba
el sendero del bien, rauda se aleja
del brillo fastuoso
que rodea ese solio tan ansiado;
ese solio ostentoso,
por nuestro mal y el tuyo levantado.

Y en vez de sus acentos celestiales
rastrera turba, pérfida, insolente,
de astutos lisonjeros
hará resonar sólo en tus oídos

loores placenteros:
¡ah! placenteros... pero cuán mentidos!

No así fueron los himnos que entonara
Tenoxtitlán cuando te abrió sus puertas
y saludó risueña,
al verte triunfador y enarbolando
la trigarante enseña,
seguido del leal patricio bando.

¡Con qué placer tu triunfo se ensalzaba!
¡La ingenua gratitud con qué entusiasmo
lo grababa en los bronce!
¡Tu nombre amado, con acento vario,
cuál resonaba entonces
en las calles, las plazas y el santuario!

Ni esperes ya el clamor del inocente,
ni de la ley la majestad hollada,
ni el sagrado derecho
de la patria vengar: que el cortesano,
de tí en continuo acecho,
atará para el bien tu fuerte mano.

¿De la envidia las sierpes venenosas
del trono en derredor no ves alzarse,
y con enhiestos cuellos
abalanzarse á tí? ¿los divinales
lazos de amistad bellos
rasgar, y conjurarte mil rivales?

La patria en tanto, de dolor acerbo
y de males sin número oprimida,
en tus manos ansiosa
busca el almo pendón con que juraste
la libertad preciosa,
que por un cetro aciago ya trocaste:

Y no lo halla, y en mortal desmayo
su seno maternal desgarrar siente
por impías facciones;
y de desolación y angustia llena,
los nuevos eslabones
mira forjar de bárbara cadena.

¡Oh, cuánto de pesares y desgracias,
cuánto tiene de sustos é inquietudes,
de dolor y de llanto;
cuánto tiene de mengua y de mancilla,
de horror y luto cuánto
esa diadema que á tus ojos brilla!

LA MUSICA.

Soberana armonía,
precioso dón del cielo,
á tí me acogeré, que en tí confía
alivio hallar mi triste desconsuelo:
á tí, que siempre fuiste de los males
que afligen á los míseros mortales
bálsamo de salud y de consuslo.

Tus dulces impresiones
¿cuándo alivio no fueron
de sensibles llagados corazones?
¿cuándo mis días fúnebres corrieron
sin que tú compasiva no enjugaras
mi tierno llanto, ó sin que me anegaras
en mil placeres, ay, que ya me huyeron?

Huyeron. Pero al alma
tierna melancolía

sabe aplacer también con dulce calma
cual la aplace festiva la alegría.
Genio sombrío, que de Young pulsabas
el laúd negro, y tierno lo inspirabas,
á tí te invoco en la tristeza mía.

Enojosos cuidados,
aquí no llegaráis: los regalados
acentos de la Música sonora
de este recinto os lanzan: falso amigo,
ni tú me turbarás: solo contigo,
Música divinal, lloraré agora.

¡Vén, vén, cítara bella,
que en mis floridos años
eras dulce solaz de mi querella,
y de amor en los plácidos engaños
me adormías; que á Delia desdeñosa
tal vez tornaste á mi dolor piadosa,
ajeno yo de mis presentes daños!

¿Te acuerdas cuán festivos
jóvenes nos cercaban,
y, atentos á tus sonos expresivos,
unas veces extáticos callaban,
otras del entusiasmo arrebatados
prorrumpían en coros concertados
y con mi canto su cantar alzaban?

También muchas graciosas
ninfas se complacían
al tañer yo tus cuerdas armoniosas,
y su voz halagüeña unir solían,
realzando tus gracias delicadas,
ó, á bulliciosas danzas provocadas,
de su talle gentil alarde hacían.

Celio, Arnesto, Fileno,
amables compañeros
de mi lozana edad ¡oh, cuán sereno
nos era aquel vivir! ¡cuán placenteros
momentos! ¡cuántas dichas nos cercaban!

y ¡con qué suavidad se deslizaban
días, meses... también años enteros!

Días de gozo y gloria,
inocentes y puros,
arrancaros jamás de mi memoria
podrán los hados rígidos y duros.
Vuestro recuerdo dulce y halagüeño
me adormirá con pácido beleño
en mis males presentes y futuros.

Del tiempo inexorable
pudo la mano impía
por siempre arrebatarnos: mas la amable,
la encantadora música que hacía
vuestro reír más lisonjero y blando,
fiel os está aquí mismo retratando,
y aun os puede gozar la fantasía.

Y os gozará mil veces.
Vén fácil á mis manos,
cítara, amiga fiel de mis niñeces,
y repite los cantos soberanos
que los floridos años me inspiraban,
cuando en dorada copa me brindaban
el dulce néctar del placer divino.

Encantos inefables,
aun vivís: será eterna
vuestra dulce ilusión, y perdurables
vuestros recuerdos. Esta, esta es la tierna
canción que tanto á Delia complacía;
este el himno en que loor grato rendía
la patria libre á la deidad superna.

Mientras mi pecho aliente,
oh música divina,
te rendiré mis cultos reverente,
cual numen tutelar que me destina
benigno el cielo en la tormenta horrible
que alzó el pesar amargo en mi sensible
corazón que despótico domina.

Jamás, cítara mía,
podré ingrato dejarte.
Siempre de mi tristeza y alegría
depositaria fiel, tomabas parte
en mi llorar y en mi reír; y ahora
cual siempre te busqué consoladora,
y ya logré consoladora hallarte.

No sin razón mentidos
trofeos te rindiera
la griega fantasía, y sus erguidos
muros la ilustre Tebas alzar viera
al resonar la lira de Dirceo,
y Pluto, conmovido, al triste Orfeo
á su pérdida Eurídice volviera.

Deja, gran Macedonio,
que tu ánima briosa,
cual tierna flor al plácido favonio,
se doblegue de cítara armoniosa
al tono encantador, y que tu gloria
iguale, al alcanzar de tí victoria,
de la armonía la celeste diosa.

¿Hubo pecho tan frío
que resistir osara
¡oh Música! á tu dulce poderío?
¿Hubo algún infeliz que no te hallara
ya compañera fiel, ya tierna amiga,
si la opresión cruel, si la fatiga,
si mustia soledad lo acongojara?

Perdido el caminante
por ásperos senderos,
y en el hinchado mar el navegante
cuando se entrega á los embates fieros
de las olas inquietas encrespadas,
el recuerdo de plácidas tonadas
suele templar sus ayes lastimeros.

La sudorosa frente
el segador tostado

tranquilo limpia; y ni del sol ardiente
siente el rayo estival: enajenado
olvida el triste afán y los pesares,
y repitiendo rústicos cantares
lo halla la noche tras el corvo arado.

Mecido en blanda cuna,
acalla el niño tierno
su inocente gemir: de la importuna
nodriza que lo arranca del materno
seno, la injuria olvida, y se adormece
al canto arrullador que lo embebece,
y se arrulla también cantando alterno.

¿Qué región tan agreste,
ó qué pueblo tan rudo
negarse á la ilusión grata y celeste
de tu hechicero canto jamás pudo?
Te oye y te adora el rígido espartano,
el feroz tracio, el bélico romano,
el indio tosco y el apache crudo.

Y ¿cuál empresa humana
con tu influjo divino
animar no se vió? Corre á la insana
lid, de la gloria el áspero camino
hollando altivo, el guerreador valiente;
y de verde laurel ciñe su frente,
si lo inflama tu acento peregrino.

Oyes el fervoroso
voto que al cielo envía
la augusta religión, ó el ardoroso
grato loor que le tributa pía:
y tú mezclas tus cánticos, y ensalzas
al almo Dios, y la piedad realzas,
y aumentas el fervor y la alegría.

O ardiente patriotismo
te inflama; y las acciones,
y la gloria que alcanza el heroísmo
das á la Fama en cívicas canciones,

que la poesía tu divina hermana
con sus hermosas flores engalana,
sublimando á los ínclitos varones.

Ó bien de la sensible
Melpómene en la escena
te calzas el coturno: irresistible
entonces tu poder, de encantos llena,
¡cuán blanda, cuán sagaz, cuán tierna sabes
á los efectos dulces y suaves
arrastrarnos con plácida cadena!

Los corazones todos
á tu albedrío mandas;
los subyugas y mueves de mil modos.
¡Cómo á los duros delicada ablandas,
y en ellos de piedad la llama pura
encendiendo, los llevas con dulzura
del amor á las aras adorandas!

Tus artes lisonjeras
también allí aquilatan
las virtudes mágnánimas y austeras.
Ya la energía rígida retratan
de Catón; ya de Tito la clemencia;
ya del piadoso Eneas la prudencia,
que á digna imitación nos arrebatan.

La festiva Talía
su máscara burlona
también te presta allí; también confía
en tu risa maligna, y te abandona
la ruindad del avaro, la licencia
del ardoroso joven, la imprudencia
ó el descuido de cándida matrona.

Honor, honor eterno
á la Italia creadora,
patria feliz del melodrama tierno.
De armonía insólita y sonora
allí el raudal se desató en la escena:

allí se desató tu rica vena,
tu vena, oh Metastasio, encantadora.

Y tú, Rossini claro,
cuyo genio fecundo,
del corazón humano enseñoreado,
llena hoy todos los ámbitos del mundo,
¿podrá olvidarte mi sonante lira?
Mi opreso corazón por tí respira;
contigo siempre de placer me inundo;

Dueño eres de mi alma,
y tú mi tierno llanto
provocas ó suspendes; tú á la calma,
ó á la inquietud me llevas. ¡Cuánto, cuánto
me haces gemir por tu infeliz Otelo!
¡cómo me aflige de Tancredo el duelo!
¡cómo de Asur el torcedor quebranto!

El cielo me conceda
de este placer tan vivo
gozar contigo siempre; siempre pueda
llorar, gemir al són de tu expresivo
canto, cuya dulzura y eficacia
aun el ay del dolor y la desgracia
lanza con blando y plácido atractivo.

¿Para qué quiero el oro,
si tú, Música, eres
mi más precioso, mi mayor tesoro?
Feliz yo, si de rígidos deberes
libre algún día, puedo á tí entregarme,
y en tus delicias sólo recrearme,
¡oh fuente perennal de mis placeres!